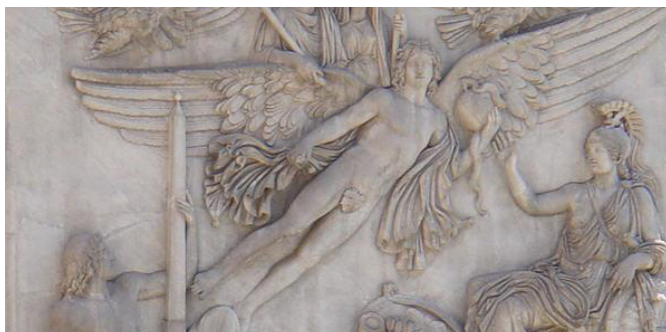


GENIALIDAD VS. MEDIOCRIDAD

En la antigua Roma existía la creencia de que con cada varón nacía un espíritu protector, un pequeño dios menor, llamado *genius*, que participaba en el destino de cada cual y desaparecía con él. De este *genius* dependía el *ingenium*, es decir, el carácter innato de los hombres, sus cualidades y talentos.



Base de columna de Marco Aurelio

No obstante, con el paso del tiempo, el pequeño dios fue volviéndose cada vez más insignificante hasta que finalmente fue obviado por una cultura occidental ilustrada, que presuntuosa se creyó capaz de desentrañar todos los secretos del universo a través de la mera razón y empezó a utilizar el término “*genius*” no para nombrar a un dios, sino para denominar directamente a los hombres extraordinarios, aquellos hombres llamados a la gloria, al éxito, a la fama, al aplauso y al triunfo.

En definitiva, la genialidad se convertiría en aquella cualidad de los hombres brillantes situados por encima del resto, los mediocres.

“Hay ciertas cosas en las que la mediocridad es intolerable: la poesía, la música, la pintura y la elocuencia pública”. Jean de la Bruyere.

“La mediocridad no se imita.” Balzac.

“La mediocridad posiblemente, consiste en estar delante de la grandeza y no darse cuenta.” Gilbert Keith Chesterton.

“Es más contagiosa la mediocridad que el talento.”

José Ingenieros.

Sin embargo, la degradación de la palabra mediocre (que se empleará como sinónimo de lo pobre, lo insuficiente, lo que no destaca o es de escaso mérito) es en realidad una aberración semántica puesto que en sus orígenes la *mediocritas* lejos de ser un lastre, fue un ideal para el pensamiento clásico.

Tal y como analiza Evelio Moreno Chumillas en su artículo “Las utopías de la mediocridad”, el mismo Aristóteles alabó la importancia de valorar el “Justo medio” entre dos vicios extremos; al sabio Solón se le atribuirá el axioma *Meden agan* (nada en demasia) que se encuentra inscrito en el frontispicio del templo de Apolo en Delfos; y heredero de todos ellos, el poeta romano Horacio reivindicará en sus Odas el *Aura Mediocritas*. (Chumillas Moreno, Evelio: 1995)

Carminum II, 3 (A Delio)

*Acuérdate de conservar una mente tranquila
en la adversidad, y en la buena fortuna
abstente de una alegría ostentosa,
Delio, pues tienes que morir,
y ello aunque hayas vivido triste en todo momento
o aunque, tumbado en retirada hierba,
los días de fiesta, hayas disfrutado
de las mejores cosechas de Falerno.
¿Por qué al enorme pino y al plateado álamo
les gusta unir la hospitalaria sombra
de sus ramas? ¿Por qué la linfa fugitiva
se esfuerza en deslizarse por sinuoso arroyo?
Manda traer aquí vinos, perfumes y rosas*

*—esas flores tan efímeras—, mientras
tus bienes y tu edad y los negros hilos
de las tres Hermanas te lo permitan.
Te irás del soto que compraste, y de la casa,
y de la quinta que baña el rojo Tíber;
te irás, y un heredero poseerá
las riquezas que amontonaste.
Que seas rico y descendiente del venerable
Ínaco nada importa, o que vivas
a la intemperie, pobre y de ínfimo linaje:
serás víctima de Orco inmisericorde.
Todos terminaremos en el mismo lugar.
La urna da vueltas para todos.
Más tarde o más temprano ha de salir
la suerte que nos embarcará
rumbo al eterno exilio.*

Carminum II, 10 (A Licinio)

*Más rectamente vivirás, Licinio,
si no navegas siempre por alta mar,
ni, mientras cauto temes las tormentas,
costeas el abrupto litoral.
Todo el que ama una áurea mediocritas
carece, libre de temor, de la miseria
de un techo vulgar; carece también,
sobrio, de un palacio envidiable.
Con más violencia azota el viento
los pinos de mayor tamaño,
y las torres más altas caen
con mayor caída, y los rayos
hieren las cumbres de los montes.
Espera en la adversidad, y en la
felicidad otra suerte teme,
el pecho bien dispuesto.
Es Júpiter quien trae*

*los helados inviernos,
y es él quien los aleja.
No porque hoy vayan mal las cosas
sucederá así siempre:
Apolo a veces hace despertar
con su cítara a la callada Musa;
no está siempre tensando el arco.
Muéstrate fuerte y animoso
en los aprietos y estrecheces;
y, de igual modo, cuando un viento
demasiado propicio hincha tus velas,
recógelas prudentemente.*

Inmersa en este contexto, en la ciudad de Éfeso, se llegó a propugnar el siguiente precepto: “que ninguno de nosotros sea el mejor, y si lo es, que lo sea en otro lugar y entre otros”, puesto que todo ciudadano cuya virtud sobresaliera en exceso, llevaba dentro de sí el germen de un tirano y representaba una amenaza real para la libertad de la república.

También las Ciudades Ideales de la segunda mitad del siglo XVI, recuperarán los ideales clásicos, y siendo conscientes de los peligros de avivar la envidia, tratarán de poner coto al ansia de riqueza edificándose en sentido horizontal, sobre el ideal de la mediocritad a fin de alcanzar la armonía. El Diálogo de Memo y La ciudad feliz de Ludovico Zúccolo son los dos escenarios que mejor representan el sueño de la Ciudad Ideal basada en la mediocritad, en la que se busca un punto de equilibrio entre la extrema pobreza y las riquezas excesivas, desde el convencimiento de que la una y las otras atentan contra la calma y la supervivencia de la república. La mediocridad se piensa pues como fórmula práctica para la convivencia.

LA VISIÓN ACTUAL DE LA MEDIOCRIDAD

En la actualidad tan sólo en algunos ámbitos concretos se continúa reconociendo la importancia de la mediocridad y paradójicamente uno de los más importantes es el científico. De hecho, en la filosofía de la ciencia el principio de Copérnico, que decreta que la Tierra no es el centro del Universo, ha sido expandido y reformulado como el actual “Principio de mediocridad”, según el cual no existen observadores privilegiados.

Aún así, es difícil escuchar en institutos y universidades exhortaciones similares a las clásicas, ya que uno de los pilares del capitalismo postmoderno precisamente se fundamenta en lo contrario, en ser capaces de, pretendiendo lo mismo que los otros, alzarse con ello sobre los demás (el principio de competencia).

En un mundo globalizado, en el que las personas son simples individuos anónimos aglomerados en masa, el ego de cada sujeto lucha por reclamar su posición en el mundo, en calidad de protagonista, y anhela recibir de los demás el reconocimiento como ser único. Es el caldo de cultivo ideal para un sistema cuya supervivencia está supeditada al crecimiento constante de capital. La misma estructura fomenta, en aras de su propia conservación, la rivalidad y alenta el deseo de superioridad demonizando la mediocridad.

Una visión negativa que ha traspasado también al ámbito cultural en el que ser mediocre es equivalente al fracaso.

Sin embargo, aunque ambos conceptos son detestados, tanto el reconocimiento de la propia mediocridad como la vivencia del fracaso son imprescindibles para poder construir un pensamiento maduro sustancial, puesto que ¿cómo podría el genio, el hombre glorioso brillante y triunfador que se encuentra por encima del resto, llegar a comprender la vida, la lucha o el sufrimiento del

hombre corriente que se halla para él en un nivel inferior y por lo tanto en un universo diferente? . Y es que al fin y al cabo, tal y como exponía Horacio, todo individuo es mediocre y en esta vida no hay triunfadores o malogrados cuando el destino no es otro que la muerte.

UNA MIRADA MARGINAL . AQUELLA QUE RECLAMA EL FRACASO Y LA MEDIOCRIDAD.

A pesar del ideario actual generalizado, desde el propio ámbito cultural encontramos algunas voces que reivindicaban ambos axiomas.

Así por ejemplo, los últimos poemas de Jaime Gil de Biedma reflejan el cambio que se produce en la madurez ante la experimentación existencial, cuando el paso del tiempo nos advierte contra la prepotencia de la juventud y contra la tentación de perseguir deseos banales como el aplauso o el reconocimiento de superioridad. (D. Gagliardi, Tiffany, 2003)

No volveré a ser joven

Que la vida iba en serio
uno lo empieza a comprender más tarde
como todos los jóvenes, yo vine
a llevarme la vida por delante.

Dejar huella quería
y marcharme entre aplausos
envejecer, morir, eran tan sólo
las dimensiones del teatro.

Pero ha pasado el tiempo
y la verdad desagradable asoma:
envejecer, morir,
es el único argumento de la obra.

Unamuno también reflexionará en torno a estas cuestiones.

El Fracaso de la vida

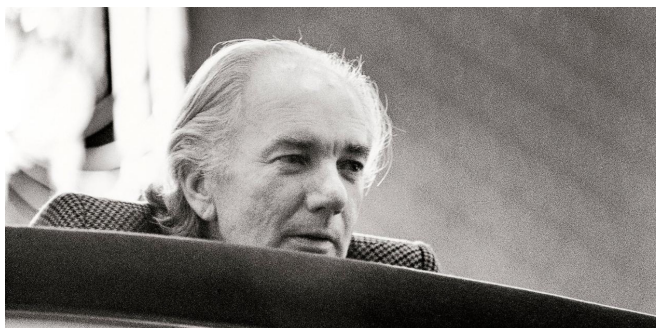
Cuando el alma recuerda la esperanza de que nutrió su juventud comprende que la vida es engaño y luego emprende soñar que fué lo que no fuera; avanza así con sus ensueños mas no alcanza lo que esperó; soñando se defiende y llega al fin Aquella que nos prende con el lazo de la última membranza. Para ver la verdad no hay mejor lumbre que la lumbre que sube del ocaso, y que luego el verdor trueca en herrumbre; lanzadera fatal urde el acaso de la vida en la trama la costumbre; toda vida a la postre es un fracaso.

Tal y como afirma Karl Jasper “Es decisivo para el hombre la forma en que experimenta el fracaso: el permanecerle oculto, dominándole al cabo sólo fácticamente, o bien el poder verlo sin velos y tenerlo presente como límite constante de la propia existencia, o bien el aceptarlo honradamente en silencio ante lo indescifrable. La forma en que experimenta su fracaso es lo que determina en qué acabará el hombre.” (D. Gagliardi, Tiffany, 2003, Introducción)

Pero quizá, si hay algún autor que destaque por su hondo sentido del fracaso y sus reflexiones en torno a la genialidad y a la mediocridad éste sea Thomas Bernhard. He aquí un extracto de su libro Extinción. (El dilettante de Kobernauss, 2012)

“(…) fracasamos siempre como es natural, al fin y al cabo, siempre hemos fracasado en el fondo, y todos los otros también, se hayan llamado como se hayan llamado, ya pueden haber sido

los mayores intelectos, de repente, en algún punto, fracasan y su sistema se derrumba como prueban sus escritos, que admiramos porque son los que más han avanzado en el fracaso. Pensar significa fracasar, pensé. Actuar significa fracasar.”



En una serie de entrevistas realizadas por Kurt Hofmann, el autor reconocerá que:

“Los honores son de todas formas una idiotez. Sólo tienen sentido cuando no se tiene dinero o se es joven, o se es viejo y no se tiene dinero. Cuando se tienen medios como yo, no hace falta aceptar ningún premio.” (Hofmann, Kurt, 1999: p.55)

“El malogrado” será uno de los libros definitivos de Bernhard que re debate el valor de la genialidad mostrando su inevitable cara opuesta: la envidia, la frustración, la soberbia y la ambición desmedida. En esta novela se cuestionan frontalmente los valores de superación y excelencia tan característicos de la cultura Europea, y la búsqueda de grandeza y el talento se transforman en lastres que acaban conduciendo a los tres protagonistas al malogro personal.

LA ESCALERA DEL HOMBRE CORRIENTE. UN ELOGIO A LA MEDIOCRIDAD

“Io hija de Inaco, tras ser poseída por Zeus fue castigada por los cielos de un modo significativo. Transformada en animal (una hermosa vaca) le fue impuesta por la vengativa Hera, la compañía de un tábano que le picase continuamente, obligándola a huir en un peregrinaje interminable. Desprovista de razón era incapaz de comprender, pero a mismo tiempo, acuciada por el dolor trataba desesperadamente de descifrar el sentido de su periplo. (...) Cuando Io sale al escenario, bailando estremecida, tenemos la certeza de encontrarnos ante el único destino descarnadamente humano. (...) Io es sólo cuerpo, perdido en el vacío de fuerzas incomprensibles. Apenas se atreve a interrogar al imponente dios clavado a la roca. Si se decide a hacerlo, tímida y temerosa es únicamente para tratar de averiguar la duración de su peregrinaje. Pero se asusta de las respuestas tanto como de sus propias preguntas. Sabe, además que no paliará su ignorancia pues desde hace mucho tiempo comprende que ella es tan sólo ignorancia. Éste es el singular aspecto de la vida que le ha sido dado comprender.” (Argullol, Rafael, 2007, p.8)

El proyecto “La escalera del hombre corriente. Un elogio a la mediocridad” se aleja de los retratos de personajes memorables, de grandes genios o de triunfadores dignos de ser recordados, para retratar al hombre como ser mediocre, desde el convencimiento de que, efectivamente en esta vida no existen los observadores privilegiados, sino que, en definitiva, todo ser humano no es más que un ser imperfecto, abocado como Io, a una existencia sin respuestas definitivas, traído al mundo para recorrer un trayecto vital en el que el triunfo o el fracaso son difíciles de juzgar. Incluso el más genial de todos los hombres siempre tendrá más en común con el vulgo que con los dioses. La mediocridad no debe entenderse por tanto como condición humillante, indigna o degradante puesto que la verdadera baja es no es otra sino la necedad y/o la soberbia, propia

de aquellos que olvidan que ningún ser humano tiene la clave definitiva del sentido, y por tanto no existen hombres superiores o inferiores. Siguiendo las palabras de Samuel Beckett “el único desarrollo espiritual posible es hacia la profundidad” entendiéndolo que “la profundidad es lo desconocido, lo que no hemos podido pensar, lo que es anterior a la conciencia y que no se puede articular aún ni con las palabras ni con las ideas. (...) lo que no se puede pensar pero puede comprenderse.” (Antonio Marí, 2012: p. 220)

Los retratados pasan a ser seres anónimos que conforman un políptico en el que cada personaje se sitúa en diferentes puntos de una escalera propia intuita, para acabar convergiendo en el mismo nivel horizontal. Se contraponen de este modo, el sentido vertical de la escalera singular de cada cual (una escalera que por sí misma, sin saber dónde empieza o dónde acaba, jamás aclarará que la dirección adecuada sea la del ascenso o la del descenso) con la horizontalidad del plano existencial. La escalera, sin embargo, no es una escalera presente, sino ausente, ya que tal y como afirma Maurice Merleau Ponty en su libro “El ojo y el espíritu” “El cuerpo es para el alma su espacio natal y la matriz de cualquier otro espacio existente.(...) El espacio ya no es aquel del que habla la Dióptrica, una red de relaciones entre objetos, tal como la vería un tercer testigo de mi visión, o un geómetra que la reconstruye y la sobrevuela; es un espacio contado a partir de mí como punto o grado cero de la espacialidad. No veo el espacio según su envoltura exterior, lo veo desde dentro, estoy englobado en él. Al cabo, el mundo está alrededor de mí. No delante de mí.”

Desde que apareciera en el Génesis, durante el sueño de Jacob, la escalera ha sido utilizada por el cristianismo como símbolo de la unión entre el cielo y la tierra, entendiéndose siempre el acto de subir como un viaje que se emprende desde la oscuridad terrenal hacia la luz espiritual, empleándose por tanto, para hacer referencia a la posibilidad de acceder a

otros niveles o estratos, permitiendo la elevación, el progreso, el avance, la superación o el perfeccionamiento (aunque ya en el propio sueño de Jacob los ángeles no sólo ascienden sino que también descienden). Herederos de la cultura cristiana, en nuestra sociedad tan sólo es contemplado como positivo el ascenso, manteniendo siempre la aspiración de alcanzar un estado superior.

Sin embargo, desde una mirada clásica (no sólo formal sino también de pensamiento) el punto medio de la escalera, en el que poder sentarse, reposar y desde el que contemplar la existencia es el verdadero estado virtuoso del hombre, que comprende al fin que como a todo ser humano terrenal, las alturas no le corresponden, pues la muerte y la ausencia de respuestas definitivas nos nivela.

Mediocre, del latín mediocris: Medius (medio) Ocris (montaña o peñasco escarpado) significa en origen el que se queda a mitad de la montaña. El que está a media altura.

Bibliografía

Ingenieros, José, “El hombre mediocre”, Editado por elaleph.com, 2000.

Chumillas Moreno, Evelio, “Las utopías de la mediocridad”, Ágora -Papeles de Filosofía-, 1995 ISSN0211-66-42

D. Gagliardi, Tiffany, “Poemas póstumos por Jaime Gil de Biedma: un retrato de su último fracaso”, Espéculo. Revista de estudios literarios. Universidad Complutense de Madrid, 2003

El diletante de Kobernauss, “Extinción de Bernhard (2): 6 notas y un resumen sobre el fracaso hegeliano, las artes modernas y lo incomprensible en lo filosófico.” 2012, <http://diletantekobernauss.blogspot.com.es/2012/01/extincion-de-bernhard-2-de-6-notas-y-un.html?m=1>

Marí, Antoni, “Libro de las Ausencias”, TusQuets editores, colección andanzas, 2012, ISBN: 978-84-8383-445-9

Hofmann, Kurt, “Conversaciones con Thomas Bernhard” Traducción de Miguel Sáenz, Editorial Anagrama, S.A., 1991, Segunda Edición 1999.

Bernhard, Thomas, “El malogrado”, Traducción de Miguel Sáenz, Santillana Ediciones Generales S.L. Alfaguara Primera Edición 2010, Segunda edición 2014.

Toibero, Emilio, “La lepra del corazón. India song, de Marguerite Duras”, Revista Tijeretazos (Postriziny) Nº21. <http://tijeretazos.org/Cinema/India/India001.htm>

Argullol, Rafael, “El fin del mundo como obra de arte. Un relato occidental” Acantilado, Barcelona 2007

Merleau-Ponty, Maurice, “El ojo y el espíritu” Prefacio de Claude Lefort, Traducción Alejandro del Río Herrmann, Editorial Trotta, S.A., 2013

<http://etimologias.dechile.net/?genio>

http://es.wikipedia.org/wiki/Principio_de_mediocridad

<http://alballearning.com/audiolibros/unamuno/fracaso.html>